

¿LA CRISIS ECONOMICA FINAL DEL CAPITALISMO?

Elías Capriles*

A medida que se fue desarrollando el error o la delusión esencial que nos hace sentirnos intrínsecamente separados del medio ambiente natural y del resto de los seres humanos, se fue desarrollando e intensificando el enfrentamiento de los seres humanos con el medio ambiente y con los demás individuos —lo cual terminó generando la crisis *eco*-lógica actual, que es una crisis de nuestro *oikos* u hogar en todos sus aspectos—. En lo que respecta a la *eco*-nomía, en tanto que campo de actividad con identidad propia, ella se originó a raíz de que el desenvolvimiento del mencionado error o delusión pusiera fin a la riqueza existencial inherente a la «sociedad de la abundancia» que —como bien ha señalado el antropólogo Pierre Clastres— fue propia de los grupos humanos primitivos. A medida que se fue desarrollando a través de una serie de sistemas sucesivos, la economía sirvió de motor a la devastación *eco*-lógica que ha alcanzado su extremo lógico en el capitalismo avanzado de Occidente y en el burocrático capitalismo de Estado de los (ya difuntos en su mayoría) regímenes marxistas. La crisis *eco*-nómica es, pues, un aspecto de la crisis *eco*-lógica, pero es precisamente aquél cuyos efectos perciben de manera más inmediata las mayorías y el que mayor sufrimiento y preocupación les causa.¹

De hecho, en los últimos siglos el desarrollo de la economía se tornó canceroso, transformándose en el principal impulsor de la crisis ecológica. Ello fue posible gracias a la explotación de unos seres humanos por otros; en particular, el desarrollo de las potencias del Norte industrial pudo darse gracias a la explotación colonialista y neocolonialista de las naciones del Sur, las cuales, como resultado de este proceso, se fueron empobreciendo. Los mecanismos del colonialismo y el neocolonialismo, y las transformaciones de este último que resultaron en la transferencia al Sur de grandes unidades de producción, la inmigración en masa de obreros al Norte y la aparición de mercados comunes como el de la América del Norte (en inglés, NAFTA), son bien conocidos (y, además, los consideraré en cierto detalle en mi obra *Individuo, sociedad, ecosistema*).² Un giro más reciente (que también consideraré

*Departamento de Filosofía y Cátedra de Estudios Orientales, Facultad de Humanidades y Educación, Universidad de Los Andes, Mérida, Venezuela.

¹Es bien sabido que tanto el término ecología como el vocablo economía tienen como raíz la palabra griega *oikos*, que significa «hogar». Antes de que apareciera la economía, los seres humanos fomentaban el equilibrio ecológico, a tal grado que —como ya hemos visto y como lo han demostrado las investigaciones divulgadas en el ya citado artículo de Philippe Descola «Les cosmologies des indiens d'Amazonie. Comme pour leurs frères du nord, la nature est une construction sociale» (París, La Recherche, No. 292, noviembre de 1996, pp. 62-7)— en el Amazonas, cuyas tierras son muy poco fértiles, las zonas que los indígenas han habitado por un mayor tiempo son las que exhiben una mayor biodiversidad. La economía aparece y se desarrolla después de que el desenvolvimiento del error o la delusión al que ya he hecho referencia, pone fin a la riqueza existencial en la raíz de lo que Pierre Clastres designó como la «sociedad de la abundancia»; puesto que esto implica una pérdida de la sabiduría sistémica que permitía a los «primitivos» mejorar su medio ambiente en vez de destruirlo, y representa el comienzo de un proyecto de explotación intensiva de la naturaleza, la aparición de la *eco*-nomía es el surgimiento de la destrucción *eco*-lógica: el manejo económico del *oikos* resulta directamente en su destrucción y, a la larga, resulta en lo que Gregory Bateson designó como «propósito consciente contra la naturaleza».

²Capriles, Elías (1994), *Individuo, sociedad, ecosistema*. Mérida, Consejo de Publicaciones de la Universidad de Los Andes. Cfr. en particular el apéndice a «Qué es filosofía», que es el primero de los tres ensayos contenidos en el libro, y en particular la sección de dicho apéndice titulada «El nuevo orden mundial» (que he designado como *nouvel ordre* para asociarlo con el término predilecto del neofascismo francés). Cabe señalar

en la mencionada obra) lo constituyó el desmoronamiento de la alternativa al capitalismo representada por los sistemas instaurados en los países pseudosocialistas, el cual permitió eliminar el maquillaje social del egoísmo económico con el que el capitalismo había enfrentado dicha alternativa y, en consecuencia, dio rienda suelta a las formas más extremas y perniciosas del egoísmo en cuestión —lo cual ha resultado en la depauperación de las poblaciones humanas, no sólo de los países empobrecidos por la explotación de la que los hace objeto el Norte, sino incluso de crecientes sectores de esta última región—. La época en la que se da libertad total al afán de lucro que constituye el motor del capitalismo y se eliminan gradualmente los controles estatales que lo regulaban, poniendo fin a la reglamentación de las condiciones de trabajo y a los beneficios sociales obligatorios, es justamente aquélla en la cual el desarrollo de la informática ha hecho prescindible a un número creciente de obreros y empleados. En consecuencia, estos desarrollos resultan en la generalización de los despidos masivos y una reducción progresiva de los salarios de quienes permanecen empleados, con lo cual merma el poder adquisitivo en las masas, que no pueden ya comprar los productos de las grandes empresas —de modo que estas últimas comienzan a declinar—. Y, en general, a medida que el poder de compra de los países de la periferia disminuye, las metrópolis van perdiendo los compradores de sus productos, con lo cual las economías de éstas se contraen —y, de producirse revueltas y revoluciones en la periferia debido a los efectos depauperadores de los programas de ajuste estructural del FMI, esta contracción se exacerbará aún más—.

La actual crisis económica no es, pues, más que un aspecto de la crisis ecológica, el cual ineluctablemente habría terminado desarrollándose en la medida en que, en un sistema capitalista, la contaminación y la destrucción de los recursos naturales implica que los menguantes recursos tendrán que concentrarse en manos de los más ricos. Esto es precisamente lo que han logrado los desarrollos más recientes de la dinámica neoliberal, que describiré brevemente a continuación.

La transición del antiguo respaldo áureo a las emisiones monetarias a la cuantificación de la economía y la sustitución de las reservas en oro por las reservas en dólares (U.S.), permite al Estado norteamericano emitir la moneda que servirá de respaldo a las economías de otras naciones; puesto que cada billete tiene un costo irrisorio pero puede procurar al ente emisor desde un dólar hasta cienmil,³ esto le reporta ingresos que se añan a los que recibe por concepto de impuestos (lo cual, sumado a la reducción de los beneficios sociales, ha hecho posibles las famosas reducciones fiscales de los últimas décadas). Ahora bien, mientras que los ingresos obtenidos por concepto de impuestos tienen su base en una producción económica real, los procurados por la emisión monetaria no la tienen, permitiendo a los EE.UU. financiar *ex nihilo* el déficit de su balanza de pagos y (por lo menos de manera provisional) el de su presupuesto federal, y haciendo que la inflación generada por la emisión monetaria no respaldada sea absorbida por los Estados que tienen que ir aumentando progresivamente sus reservas en US\$ y cuya moneda nacional se va devaluando en relación a la divisa estadounidense. A fin de intensificar este

que, en la década de los 80, un reporte de la Rand Corporation anunció *avant la lettre* lo que habría de ser el *nouvel ordre* mundial: en el futuro todos los productos industriales serían elaborados en el Tercer Mundo, que absorbería la polución generada por las industrias y proveería mano de obra barata, para que un Norte de empleados de banco, tecnócratas y personal militar pudiese disfrutar de los productos fabricados en el Tercer Mundo.

³Desde 1969 no se han imprimido billetes de más de cien dólares, excepto para el uso de las grandes empresas financieras, para las cuales todavía se siguen imprimiendo billetes de US\$ 100.000,00.

mecanismo, durante la década de los 70 previendo los límites ecológicos de la producción y aprovechando el exceso de «petrodólares» depositados en bancos de EE. UU. y del Primer Mundo en general como consecuencia del aumento de los precios del petróleo,⁴ políticos y banqueros estadounidenses manipularon a los políticos del Tercer Mundo para que tomaran grandes préstamos para sus países, de modo que más adelante éstos se encontrasen obligados a entregar sus materias primas sin recibir nada a cambio, como pago de los cada vez más elevados intereses de la deuda;⁵ tuviesen que canjear parte de sus deudas por medios de producción y propiedades en el país, entregando así sus recursos a poderes económicos extranjeros; y se viesan forzados a poner sus «recursos de biosfera» —sus bosques y otras áreas ricas en materias primas útiles para la elaboración de nuevas medicinas y para muchos otros fines— bajo la administración y «protección» de organizaciones pseudoecologistas del Primer Mundo cuyos verdaderos designios les son desconocidos. (Téngase en cuenta que, según datos divulgados por la prensa venezolana, desde 1977 a 1992 el Estado venezolano habría pagado 91.130 millones de dólares — ¡cuatro veces más que la deuda refinanciada!—.)⁶ Por esos medios intentaban —en las palabras de Hazel Henderson— «lanzar al Sur la burbuja de la inflación» (y, en efecto, en varios países del Sur la inflación alcanzó tasas de miles por ciento anual y hasta mensual), exacerbar la transferencia neta de recursos del Sur al Norte (de la cual el Primer Mundo ha dependido para alcanzar los PTBs por habitante que ostenta actualmente) y, de paso, obligar al Sur a aplicar las recetas económicas y políticas dictadas por el Norte —las cuales, como hemos aprendido por experiencia propia, son recetas de pauperización y exterminio de los menos pudientes en beneficio de los ricos del Primer Mundo y de la pequeña minoría capitalista que constituye ese «otro Primer Mundo» que se ha ido desarrollando en el corazón del Tercero—.

Los primeros beneficiarios del dinero emitido por el Estado norteamericano son los contratistas federales (sobre todo en el plano militar, en el que todos los contratistas son estadounidenses) y los empleados del gobierno, pero el mismo fluye por la totalidad de la economía estadounidense, lo cual genera ahorros que han de canalizarse, bien sea por medio de la compra de inmuebles, bien sea en cuentas bancarias, bien sea en acciones de Bolsa, etc. Puesto que el rendimiento de los bienes inmuebles y de las cuentas bancarias es bastante bajo, la proliferación del dinero a invertir genera un *boon* de las inversiones en la Bolsa, que llegan a representar un tercio de los ahorros de los individuos y la mitad de las inversiones de los fondos de pensión y, en general, una enorme proporción de los fondos mutuales de todo tipo (y, como si esto fuera poco, al presidente Clinton se le ocurre

⁴Luego, por medio de la acumulación de grandes reservas de petróleo en los EE. UU. y gracias a una serie de recursos políticos, los precios del petróleo bajaron y países productores como Venezuela y México contrajeron una deuda tan enorme que quedaron a la merced de sus amos y usureros.

⁵Considérense los datos que nos proporciona Pedro Duno (Duno, Pedro, 1992, «Neoliberalismo arruina a Venezuela». Caracas, diario *El Globo*, lunes 5 de octubre de 1992, p. 6.):

«Desde 1978 hasta hoy los pagos de interés de la deuda han ascendido a la fabulosa cantidad de 250.000 millones de dólares (doscientos cincuenta mil millones). Si en 14 años hemos acumulado 250.000 millones de dólares en deuda adicional por concepto de intereses, ¿cuándo terminaremos de pagar?»

Lo que se desea es que los países pobres no terminen de pagar y que, en consecuencia, sigan exportando gran parte de sus materias primas y productos sin recibir nada a cambio.

⁶Larrazábal, Radamés (1992), «¿Que no? ¡Pues sí! Es la deuda refinanciada». Caracas, *El globo*, 19 de octubre de 1992.

proponer que también los fondos de pensión *estatales* de su país se inviertan en la Bolsa). Como bien señala Jacques Nikonoff:⁷

«...la voluntad de crear fondos de pensión... no tiene sino un solo objetivo: transferir a los asalariados los riesgos financieros que con anterioridad soportaban los Estados y las empresas.»

Y, como señala a su vez Susan George,⁸

«El FMI se especializa en la socialización de las pérdidas, a cargo de los contribuyentes del Norte, y en la privatización de las ganancias, distribuidas a los especuladores, que quedan en libertad de retirarlas de los países en crisis y de amasar así fortunas colosales.»

Si las aseveraciones citadas arriba no convencen al lector, le pido tenga en cuenta el rescate de la multimillardaria mutual LTCM por la Reserva Federal con fondos de los contribuyentes estadounidenses. En todo caso, es un hecho que todo lo anterior ha dado lugar a la extremada sobrevaluación de las acciones bursátiles que, hace ya tiempo, hizo hablar a Alan Greenspan de una «exuberancia irracional», y que amenaza con dejar en la ruina a todos los asegurados de los fondos de pensión que cuentan con ellos para su retiro, así como a quienes, en tanto que particulares, han invertido en la Bolsa (nótese que la catástrofe financiera de 1929, que produjo tantos suicidios y tanto sufrimiento humano, tuvo lugar en una época en la cual sólo el 5% de los ahorros de las familias estadounidenses estaban invertidas en la Bolsa)—.⁹ Aunque, como resultado del déficit de la balanza comercial de los Estados Unidos, numerosos inversionistas extranjeros pueden comprar inmuebles, abrir cuentas bancarias e invertir en la Bolsa de ese país, ello no preocupa mucho a los economistas, ya que dichas inversiones se hacen en dólares (U.S.) y, en consecuencia, si dichos inversionistas se retirasen, tendrían que comprar otras divisas o convertir los dólares en la moneda de su país, lo cual haría bajar el dólar, con lo cual podría revertirse la balanza comercial, dando una ventaja competitiva a la economía estadounidense.¹⁰

⁷Nikonoff, Jacques (1999), «Triple échec aux États Unies». París, *Le Monde Diplomatique*, febrero de 1999, p. 5.

⁸George, Susan (1999), «Pour la refonte du système financier international: A la racine du mal»; París, *Le Monde Diplomatique*, enero de 1999, p. 3. George también señala que: «Los fondos de pensión, junto con las compañías de seguros y los otros inversores institucionales, (casas de corretaje, etc.) controlan la suma de 21.000 miles de millones de dólares, o sea, más que el Producto Nacional Bruto (PNB) de todos los países industrializados reunidos, o alrededor de 4.000 US\$ por cada uno de los seis mil millones de habitantes del planeta. Los estadounidenses por sí solos controlan la mitad. La reorientación de un mero 1% de sus portafolios representa más de la cuarta parte de la capitalización de todas las Bolsas de la totalidad de los países «emergentes» de Asia, y los dos tercios de todas las bolsas de América Latina.» George nos dice que esto hace que todo quede en manos de los humores ovejunos de los «traders», lo cual producirá desestabilizaciones financieras en cadena.

⁹Castro Ruz, Fidel (1999), «Una Revolución sólo puede ser hija de la cultura y las ideas». Caracas, *Suplemento Cultural* del diario *Ultimas Noticias*, domingo 30 de mayo de 1999, p. 9.

¹⁰Paul A. Samuelson dice que aquello sí le preocupa, pero que su inquietud se aminora debido a este último hecho. Cfr. Samuelson, Paul A., 1999, «Dos fantasmas económicos». *Los Angeles Times*; reproducido en el diario *El Universal* (Caracas, Venezuela) del domingo 30 de mayo de 1999.

Ahora bien, la emisión no respaldada de dólares que eran absorbidos por otros Estados, el pago de los intereses de la deuda por los países pobres y el resto de las viejas y nuevas tácticas del neocolonialismo no parecían suficientes para que Estados Unidos pudiesen balancear su déficit comercial y sostener su *boom* económico; así, pues, en un momento dado creyeron encontrar la solución en las inversiones especulativas, representadas por los «capitales golondrina», destinadas a saquear las economías de otros países, de modo que cuantiosos fondos fluyesen hacia la metrópolis por una nueva vía, que en este caso no sería ni la del comercio ni la de los dividendos de las inversiones a largo plazo. Ante la evidente promesa de desestabilización financiera internacional inherente a esta estrategia, que haría que las agresiones financieras de los EE.UU. hacia otras economías retornasen como un boomerang para destruir la economía de dicho país, James Tobin ideó su famoso impuesto sobre las transacciones financieras internacionales,¹¹ con el que pretendía «echar arena en el engranaje de los flujos especulativos a más corto término» y, así, evitar la desestabilización financiera y su «efecto boomerang» (y al cual más adelante Howard M. Watchel propondría agregar otros dos: 1.- el impuesto sobre las inversiones directas en el extranjero, y 2.- el impuesto unitario sobre los beneficios mundiales consolidados impuesto proporcionalmente a la cifra de negocios realizada en cada país, la mitad de cuyos recaudos iría a los gobiernos que recogen los impuestos, que serían principalmente los más ricos, mientras que la otra mitad iría a un fondo de redistribución desde los países ricos hacia los más pobres).¹² Ahora bien, puesto que el proyecto estadounidense era precisamente balancear su balanza de pagos por medio de los ingresos obtenidos gracias a las inversiones que el impuesto Tobin debía regular, como señala Noam Chomsky:¹³

«El impuesto Tobin está en oferta desde hace casi un cuarto de siglo, pero las instituciones financieras no quieren oír hablar de él. Y tienen su razones: ellas se aprovechan enormemente de la situación actual, aunque sea al precio de una disminución del ritmo de la economía real y de crisis importantes. Los sectores manufactureros e industriales, a pesar de ser beneficiarios potenciales de una medida tal, también por lo general se han opuesto a ella. Sin duda no les molesta que la liberalización financiera resista y contrarreste las políticas sociales y ejerza una fuerte presión sobre el costo del trabajo. No es entonces sorprendente que una obra de la mayor importancia sobre el im-

¹¹Como ha señalado Noam Chomsky, ejercer un cierto control en los flujos de capitales no era una práctica fuera de lo común en la época en la que Tobin ideó su impuesto. Cfr. Chomsky, Noam (1999), «Finance et silence». París, *Le Monde Diplomatique*, diciembre de 1998, p. 21.

¹²Watchel, Howard M., 1998, «De la folie des marchés à la récession: Trois taxes globales pour maîtriser la spéculation»; París, *Le Monde Diplomatique*, octubre de 1998, pp. 20-1. Cfr. también George, Susan, 1999, «Pour la refonte du système financier international: A la racine du mal»; París, *Le Monde Diplomatique*, enero de 1999, p. 3.

Ahora bien, la creación de impuestos es un mecanismo reformista de cariz socialdemócrata que sectores moderados desearían aplicar en substitución de la transformación radical de la sociedad que la situación actual exige. Aunque *quizás* de manera inmediata podría ser de utilidad que el gobierno de Venezuela, en concertación con los de otros países latinoamericanos, impusiese una serie de impuestos como los propuestos por Tobin y Watchel, ello no podría ser un substituto para la transformación total que se ha hecho imperativa como resultado de la reducción al absurdo de la *avidya*, de la propiedad, del Estado y de la familia exclusiva.

¹³Chomsky, Noam, *op. cit.*

puesto Tobin, publicada hace dos años, haya sido boicoteada por la prensa, bajo la presión de los organismos internacionales y los medios financieros, sobre todo estadounidenses.»

Cada vez se hacen, pues, menos transferencias financieras ligadas a la economía real constituida por el comercio y las inversiones a largo término en actividades productivas, y se hacen más transferencias de tipo especulativo al más corto plazo susceptibles de producir las ganancias más exorbitantes e inmediatas. Como señala el mismo Noam Chomsky:¹⁴

«...mientras que, hace treinta años, casi el 90% de los intercambios estaban ligados a la economía real (comercio e inversiones a largo plazo), en adelante los mismos serán sobre todo flujos especulativos a un término muy corto (que muy a menudo duran menos de un día) sobre las monedas y las tasas de interés. Los mercados se han vuelto cada vez más volátiles y cada vez menos previsibles, y las crisis financieras más frecuentes.»

Aparte del ya considerado efecto de desestabilización de las economías regionales —y, con éstas, de la economía mundial— que tiene este movimiento de «capitales golondrina» (pues, como acaba de indicarse, los «capitales flotantes» se repatrian tan repentinamente como desembarcan, dejando estallar al pasar las burbujas especulativas que habían creado),¹⁵ ello resulta también en un estancamiento en la creación de puestos de trabajo e incluso de bienes de producción y consumo. Es bien sabido que fue esta creación de burbujas por parte de la economía estadounidense, las cuales tienen que reventar en la periferia que es víctima de la especulación promovida por la metrópolis (y en particular ciertas inversiones del «filántropo» George Soros), las que catalizaron el afloramiento de la crisis económica mundial, en julio de 1997, en los países del Sudeste de Asia. Al respecto, ténganse en cuenta las palabras de John M. Keynes:¹⁶

«La especulación no hace mal cuando no es más que una burbuja bajo un flujo continuo de actividades productivas, pero ello ya no es así cuando la actividad productiva no es más que una burbuja en un torbellino especulativo.»

Ahora bien, la multiplicación de las operaciones del capital especulativo no constituye el único medio de creación reciente para exacerbar la transferencia de riquezas desde el Sur empobrecido hacia el Norte opulento y maximizar las ganancias de los medios financieros de este último y, en particular, de los EE.UU. Si bien el proyecto del Acuerdo de Inversiones Mutuas (en inglés, AMI), con el cual se pretendía poner estrechos límites a la libertad de los Estados frente a las transnacionales, exigiendo a aquéllos que indemnizasen a éstas ante huelgas, disturbios y toda clase de vicisitudes, fue derrotado en su foro inicial gracias a la acción concertada de múltiples ONGs y órganos de prensa, elementos clave del AMI se han incluido en distintos acuerdos bipartitos de inversiones mutuas (como, por ejemplo, el que a finales de la administración Caldera firmaron los EE.UU. y Venezuela y que actualmente espera por la ratificación del Congreso de esta

¹⁴*Ibidem.*

¹⁵Warde, Ibrahim (1998), «Un Capitalisme de compères: Le système bancaire dans la tourmente». París, *Le Monde Diplomatique*, noviembre de 1998, pp. 4-5.

¹⁶*Ibidem.*

último país, o como el que los EE.UU. y la Comunidad Europea deberán firmar el próximo diciembre, titulado PET en francés: Partenariat Économique Transatlantique),¹⁷ así como en los que se conoce como ARMs. Y esto, a su vez, preparará el terreno para el próximo paso, que consistiría en incorporar las provisiones del AMI a los estatutos de la OMC (la cual, en todo caso, ya ha hecho lo posible por eliminar el derecho a señalar cuándo un producto está libre de elementos transgénicos, cuándo el mismo fue producido de manera orgánica, y, en general, prohibir todo lo que pueda servir de protección a los consumidores frente a los productos nocivos de las transnacionales).

Además de todo lo anterior, como todos sabemos, la revolución tecnológica está produciendo gravísimos problemas sociales al eliminar la necesidad de emplear a millones de obreros no calificados y usar toneladas de materias primas —lo cual, junto a muchos otros elementos, va alimentando la espiral de la crisis económica—. Como bien señala el estudioso y diplomático peruano Oswaldo de Rivero:¹⁸

«En este fin de siglo, la cantidad de materia prima por unidad de producción industrial no representa sino las dos quintas partes de la que se empleaba en 1930. Hace 40 años, un asalariado de cada cuatro era obrero; ahora, sólo uno de cada siete lo es. Habría que crear 2.000 millones de nuevos empleos en los próximos años para absorber la población activa de los países pobres, reto imposible a causa de las nuevas tecnologías que desindustrializan y desproletarizan, mientras que la población urbana de los (mal llamados) países «en vía de desarrollo» literalmente explota y se habrá duplicado en el 2020. La revolución tecnológica y la explosión demográfica se lanzan de frente una contra otra, y este choque acelera el efecto del caos... La liberalización rápida, precipitada, de las economías basadas en la producción de materias primas, decidida por los programas de ajuste estructural del Banco Mundial y del Fondo Monetario Internacional (FMI), no ha hecho más que agravar la situación. Las economías de los países subdesarrollados han reproducido lo que ya existía, es decir, una exportación de materias primas a penas transformadas, y a cambio no han recibido más que inversiones volátiles del casino financiero mundial, en ninguna medida destinadas a modernizar la producción. Es a este tipo de economías no viables que los gurús del neoliberalismo osan llamar «mercados emergentes»...»

De Rivero considera los problemas de la explosión demográfica urbana en los países pobres, donde, en vez de crearse cada vez más empleos, éstos se reducen drásticamente, y concluye que las grandes urbes de dichos países se transformarán en infiernos humanos (si es que ya no lo son) y en bombas de tiempo ecológicas que se volverán amenazas incontenibles para la estabilidad política y ecológica mundial. Del mismo modo, nos dice que el reto del futuro para los países más pobres no es si podrán o no alcanzar una condición como la que habían obtenido los Tigres o Dragones del Asia antes de la crisis de julio del 97, sino si lograrán o no sobrevivir. Siempre se había pensado que dichos países lograrían «desarrollarse», pero la experiencia del siglo XX, dice de Rivero, prueba lo contrario y nos hace pensar lo que había sido impensable.

¹⁷Cfr. De Brie, Christian (1999), «Dans l'opacité des tractations transatlantiques, l'AMI nouveau va arriver». París, *Le Monde Diplomatique*, mayo de 1999, p. 13.

¹⁸De Rivero, Oswaldo (1999), «États en ruine, conflits sans fin: Les entités chaotiques ingouvernables». París, *Le Monde Diplomatique*, abril de 1999, p. 3.

El Reporte Mundial Sobre el Desarrollo Humano del PNUD de la ONU indica que a, escala mundial, el 20% de la población que vive en los países más ricos comparte el 86% del consumo privado total, contra apenas el 1.3% para el 20% que vive en los países más pobres; los primeros usan el 45% de la carne y el pescado, contra 5% en el caso de los segundos; el 58% de la energía contra el 4%; el 84% del papel contra el 1.1%; el 87% de los vehículos contra menos del 1%; el 74% de las líneas telefónicas contra el 1.5%; etc., etc. En 1960 el 20% de la población mundial que vivía en los países más ricos tenía un ingreso 30 veces superior al del 20% que vivía en los más pobres; en cambio, en 1995 el ingreso de los primeros era ya 82 veces superior al de los segundos. La fortuna de las tres personas más ricas del mundo sobrepasa el Producto Interior Bruto acumulado de los 48 países más pobres; el de las 15 personas más ricas iguala la producción de toda el Africa subsahariana; el patrimonio de los 32 más ricos es superior al PIB del Asia del Sur; el de los 84 más ricos sobrepasa el de China con sus 1.200 millones de habitantes. Alrededor de 1.300 millones de personas viven con menos de un dólar por día, y cerca de 3.000 millones con menos de dos dólares. Se calcula que la satisfacción de las necesidades esenciales de la población del Tercer Mundo (*comida*, agua potable, infraestructuras sanitarias, educación, salud, ginecología, obstetricia) costaría unos 40.000 millones de dólares al año, lo cual representa apenas el 4% de la riqueza acumulada por las 225 fortunas mundiales más importantes. El número de individuos incapaces de satisfacer sus necesidades esenciales, que carecen de estructuras sanitarias básicas, de agua potable, de alojamiento apropiado, de sistemas de salud y del consumo mínimo de calorías, proteínas y oligoelementos, etc., es impresionante, pues en promedio alcanza casi a la mitad de la humanidad. Los Estados Unidos, que se encuentran a la cabeza de los países industrializados en lo que respecta al ingreso medio, son el país industrializado donde la pobreza humana está más generalizada. No menos de cien países del Tercer Mundo han retrocedido seriamente en los últimos treinta años, de modo que el ingreso medio ha disminuido notablemente; en particular, el consumo de un hogar africano medio es un 20% menor que hace 25 años, mientras que el número de personas subalimentadas se ha duplicado entre 1970 (103 millones) y 1990 (215 millones). La quinta parte más rica de la población del planeta es responsable por el 53% de las emisiones de dióxido de carbono, mientras que la quinta parte más pobre no produce sino en 3%. Ahora bien, como señala Dominique Vidal, casi todas las estadísticas que emplea este informe del PNUD son anteriores a 1995, pero ha sido en los últimos años que la radicalización de la crisis económica mundial y la exacerbación de la especulación han producido una mayor depauperación de los más pobres y un mayor enriquecimiento de los más ricos.¹⁹

Para concluir, cabe señalar que el aspecto social de la crisis ecológica se aprecia claramente en la exacerbación de la violencia. Ésta ha hecho de las ciudades de América Latina «urbes diurnas» que la mayoría no se atreve a visitar durante la noche; en los Estados Unidos, ella ha llegado a manifestarse incluso en la más inconcebible cadena de asesinatos en masa de escolares y maestros a manos de otros escolares; en Europa, ha tomado la forma de olas de atentados racistas y de sucesivos genocidios y «limpiezas étnicas» (esto último, sobre todo en lo que todavía queda de Yugoslavia y en la ex-Yugoslavia). Frente a los genocidios cometidos por sus aliados, la OTAN hace como el

¹⁹PNUD, *Rapport mondial sus le développement humain*, Economica, París, 1998, 254 pgs. Aquí se usó el resumen que hizo Dominique Vidal, bajo el título «Dans le Sud, développement ou régression?», en *Le Monde Diplomatique* (París) de octubre de 1998 (p. 26).

mono que se tapa los ojos, los oídos y la boca, entre otras cosas, a fin de poder seguir sacando provecho de proporcionarles armas para cometerlos; en cambio, cuando quienes cometen los crímenes contra la humanidad son aquéllos que no están dispuestos a adoptar los esquemas neoliberales ni a someterse y aliarse al neocolonialismo, en parte impulsada por el deseo de probar armas que ya están envejeciendo y así poder desarrollar las de una «nueva generación», en parte buscando impulsar la economía de sus miembros por medio de la fabricación en masa de armamentos, a fin de someter a los Estados «rebeldes» la Alianza los ataca, con lo cual les da un pretexto para intensificar los genocidios en los que estaban enfrascados, y comete ella misma nuevos genocidios, de los que en este caso es víctima la población de las naciones atacadas.²⁰ Y, lo que quizás pueda ser todavía peor, la Alianza se enfrasca así en guerras sumamente arriesgadas, exacerbando con ello el riesgo de una confrontación nuclear, química y/o biológica generalizada.

elicap@ciens.ula.ve

²⁰Como bien señala una pequeña nota en *Le Monde Diplomatique* de mayo de 1999, los Estados Unidos se desarrollaron en base al genocidio de sus pueblos indígenas, que incluyó, junto a la exterminación de otros pueblos, la de los *apaches* y sus *tomahawks* (nombres de dos de las principales armas de la Alianza). El recuento de uno de los episodios de este genocidio por parte de un funcionario del gobierno estadounidense podría hacer palidecer los cometidos en Yugoslavia y la exYugoslavia.

Cabe señalar también que los EE.UU. han sido acusados de crímenes de guerra por haber empleado en Yugoslavia bombas que utilizan uranio degradado, las cuales contaminan radioactivamente a la población de amplias regiones cercanas a los objetivos contra los que se las usa, exponiéndola a un poderoso efecto cancerígeno (cfr. Abdelkrim-Delanne, Christine, 1999, «Ces armes si peu conventionelles». París, *Le monde Diplomatique*, junio de 1999, p. 11). Del mismo modo, el bombardeo de refinerías y otras instalaciones petroleras resultó en una amplia difusión de dioxinas cancerígenas, lo cual también ha dado lugar a una demanda por crímenes de guerra contra los EE.UU.

Cabe señalar también que, en la medida en que las potencias capitalistas dependen de la tecnología bélica de punta de los EE.UU, éstos adquieren el poder de extorsionarlas, y aquéllas se transforman en especies de señores feudales del rey mundial que es los EE.UU., sirviéndole en sus guerras a fin de que éste les permita mantener sus feudos.